

SUERTES PARA TOREAR CREADAS EN EL SIGLO XX

POR DON VENTURA



EMPIEZO este trabajito sacando a colación aquellos versos de Nicolás Fernández de Moratín, correspondientes a la oda dedicada a Pedro Romero, que dicen así:

...La fiera que llamó el silbido
«ti corre veloz, ardiendo en ira
y amenazando mira
el rojo velo al viento suspendido.

Y no se figuren los lectores que me voy por los cerros de Ubeda al hacer esta evocación, que el campo por donde me dispongo a caminar es muy llano, sin cerro alguno, y no se presta a divagaciones:

Es que lo que Moratín llama «rojo velo al viento suspendido» no es otra cosa que el engaño de que se vale el diestro para torear—capa o muleta—; y como de estos instrumentos de la lidia tengo que ocuparme, y más concretamente de las suertes inventadas desde cincuenta años atrás manejando aquéllos, creo que viene a pelo la mencionada cita, aunque advierto que, al hablar de tal asunto, no lo haré con la trompetería y los golpes de tambor que hubo de emplear el cantor del gran maestro de Ronda.

Al meterme en harina, tengo que empezar por la capa, que es el primer utensilio que en la lidia se emplea y el engaño indispensable para regularizar la misma de buenas a primeras, ordenarla y hacerla agradable. Por algo una antigua copla castellana dice así:

Con la capa el torero
maneja al bicho
y la mujer al hombre
con su abanico.

La primera innovación hecha con la capa en este siglo fué la *larga cambiada* y *afarolada de rodillas*. La introdujo Rafael el Gallo en oposición al famoso can bicho de rodillas (agarrando el capote con las dos manos), del que hizo su padre, el señor Fernando, una creación. Pero lo que el padre hacía, lo encontró demasiado peligroso el hijo, y más desde que el 14 de enero de 1906 sufrió Ricardo, *Bombita*, una grave cornada al ejecutarlo en Méjico.

Por esto, y no por otra cosa, modificó Rafael dicha suerte, que es de menos riesgo que la otra. ¡Vaya un cañal!

Se ha prodigado poco, y hoy suele practicarla frecuentemente Luis Miguel Dominguín.

Tras de dicha larga, conocimos el *lance al costado por detrás*, la indebidamente llamada *gaonera*, que recibió este nombre por haberla resucitado Rodolfo Gaona en el año 1910. Tan antigua es esta suerte, que ya se ocupa de ella Francisco Montes en su *Tauromaquia completa*. Lo que ocurrió fué que, en desuso durante muchos años, nos pareció nueva al vérsela ejecutar al torero de Méjico, a quien se la sugirió su maestro, el banderillero español *Ojitos*, que la conocía, porque el 26 de septiembre de 1887 publicó el semanario *La Lidia* la reproducción de la misma en uno de sus dibujos cromáticos.

Tanta razón hay para llamar *gaonera* a dicha suerte como *chicuelina* a la que recibe este nombre, establecida hace unos treinta años, pues si la primera no la inventó el referido Gaona, tampoco fué *Chicuelo* el creador de la segunda, diga él lo que quiera para darse importancia. A quien se le ocurrió fué a Rafael Dutrás (*Llapisera*), cuando, siendo torero cómico, se las entendía con becerros. Lo que *Chicuelo* hizo no fué otra cosa que ponerla en práctica con los toros. Su nombre más apropiado sería el de *navarrilla*; pero sabido es que ahora priva la rutina de dar a las nuevas suertes denominaciones derivadas de los nombres de quienes se supone que las inventaron, por cuya manía, absurda a más no poder, habría que llamar *costillarina* a la verónica, *algabeñino* al pase de pecho con la mano derecha, *marcialina* a la *mariposa*, etc. Pereza mental se llama esta figura, amado Teótimo; o, cuando menos, mentalidad congelada.

Y pues que la *mariposa* ha salido a revolotear y hemos dado a entender que es invención de Marcial Lalanda, remachemos bien esto y digamos que apareció poco después que la *chicuelina*. Es la *mariposa* la más bella y meritoria manifestación del toreo por la cara y debe incorporarse al apartado o casilla de los galleos, porque *galleo* es todo lo que se le hace al toro andando o corriendo, lo mismo de espalda que de frente, como es igualmente galleo la llamada *tapatía*, inventada por el mejicano José Ortiz, pues se trata de unas *chicuelinas* ligadas que se ejecutan recorriendo el lidiador un trecho más o menos largo.



El pase «cambiado por bajo», de Domingo Ortega. Vulgarmente, este pase es llamado por los aficionados «trinchera».



El pase de «molinete», al que se pres-
tó espléndidamente el temperamento apa-
sionado y valiente de Juan Belmonte.



Pase del «kikiriki», de Joselito «el Ga-
llo», al que corresponde el presente
dibujo, muy celebrado en su tiempo.



La «tapatía», del diestro mejicano José
Ortiz, un pase alegre y espectacular,
también aparecido en este siglo.



Uno de los pases más espectaculares: el «farol». La viñeta recoge el momento de su iniciación. Es de este siglo.



Marcial Lalanda fué el creador de la «mariposa», pase de capa bellissimo y alegre, que realizan los buenos diestros.



Lance «al costado por detrás», popularmente—y quizá impropriamente—conocido por «gaonera», original de Gaona.

En este siglo también, igual que las precitadas suertes, nació el pase de muleta *afarolado*, hijo, asimismo, de la fantasía creadora de Rafael el Gallo, y es que este torero castizo, con un arte lleno de grandes defectos y de grandes bellezas, que tan pronto era sublime como grotesco o trivial, supo repentinamente cosas que luego quedaron de repertorio, como este pase afarolado y algunas largas con las que parecía trazar rúbricas en el aire.

Su hermano *Joselito*, torero señor y señero, figura cumbre en la fiesta de los toros, supo, merced a su gran personalidad, dar realce a un nuevo pase de muleta al que *Don Pío* (Alejandro Pérez Lugín), trovador del gallismo, dió el nombre de *kikiriki*, aunque no se nos alcanza en qué se fundó para ello. Se trataba, sencillamente, de un pase ayudado por alto, pero no barriendo los lomos, sino obligando a la res a doblar en la forma que indica el grabado.

Con otro coloso, con Juan Belmonte, quedó abolido el tradicional pase de *molinete*, el que hasta el año 1913 se dió con la mano zurda, por haber introducido tan célebre diestro el ejecutado con la mano derecha, que es de una técnica completamente distinta de la del otro. Repetimos que al triunfar el moderno fué proscrito el antiguo, pero, conste que la expulsión fué injusta por demás, pues el molinete con la mano izquierda, iniciado como el pase natural, era alegre, bonito y airoso.

Cuando el gran torero Domingo Ortega hizo su aparición contaba ya muchos años el *pase cambiado por bajo*, el vulgarmente llamado de *trinchera*; esto lo saben tanto los taurófilos «decentemente amueblados» como los que pertenecen al desocupado vulgo; pero de tal realce, de tal dominio, de tal belleza supo el diestro de Borox revestir a dicho pase, que hizo de él una verdadera creación y convirtió una cosa vieja en otra completamente nueva.

Y ahora vamos con la impropriamente llamada *manoletina*, el pase que hoy se repite a tente bonete y que no sabemos a quién se le ocurrió bautizarlo así. Seguramente fué algún despistado, ignorante de que antes de surgir el infortunado *Manolete* ya se había prodigado el pase en cuestión. Dos toreros intervinieron en su nacimiento: Victoriano de La Serna y el referido Ortega; aquél empezó por darlo con una sola mano—la derecha—, y al segundo se le ocurrió agarrar la muleta por detrás con la mano zurda, para que resultara más ceñido y espectacular. Por eso le dan algunos el nombre de *orteguina*; mas como yo, según he dicho antes, rechazo las denominaciones derivadas de los nombres de los toreros, le aplico en todas mis referencias el nombre de *giraldilla*. ¿Por qué, sin haberlo inventado *Manolete* y habiéndolo encontrado hecho, le dan el nombre de *manoletina*? Por la misma razón que se da el nombre de América al vasto continente situado entre el Pacífico y el Atlántico, a pesar de no haber tomado arte ni parte Américo Vesputio en su descubrimiento. Y tal furor ha hecho ese pase del sobaco, que las gentes (no digo los buenos aficionados) deliran por él, sobre todo si lo da el torero mirando al tendido, en cuyo caso se les van a los espectadores las aguas de puro gusto, ni más ni menos que a Sanchica cuando se enteró de que a su padre, Sancho, le habían hecho gobernador.

¿Han oído ustedes hablar de la *arrucina*? Pues ahí, en ese grabado, la pueden contemplar, ejecutada por el propio cosechero. Violento es dicho pase, como puede apreciarse por la actitud del lidiador; pero como existe riesgo en su manera de interpretarlo y suele darse de una forma que siempre parece improvisada—por no existir solución de continuidad entre el mismo y el que le precede—produce un efecto arrebatador.

Tiene pocos cultivadores, y lo propio ocurre con un pase que se da con las dos manos, a guisa de molinete, y al que, por atribuirse su invención a Julián Marín, han llamado algunos *marinera*. ¿Qué he dicho antes de la pereza mental? Ese nombre más parece derivarse del océano que del apellido del torero de Tudela, y si es recusable el mismo, no resulta de excesiva belleza estética dicho pase.

Lo mismo que cada rey y cada Roque, el viejo cronista que suscribe tiene también sus achaques en materia de preferencias, y si digo que algunas de las modernas suertes son tan lamentables como los estropicios que producen los que las bautizan con absurdas denominaciones, dejaré sentada una verdad tan grande como arco de catedral.

¿Puede decirse que con la incorporación de todas las precitadas suertes al repertorio tauromáquico se haya enriquecido éste? De ninguna manera, porque mientras unas entraban, otras salían, y si buen auge cobraban algunas modernas, mayor destierro sufrían varias antiguas, hoy olvidadas y completamente desconocidas de los aficionados jóvenes.

Si he señalado algunas nuevas suertes de capa y de muleta nacidas o reformadas en este siglo, ninguna puede registrarse atinente al estoque.

Y en cuanto al primero y al segundo tercio, cabe manifestar que, si en aquél se introduce la *carioca*, o la «suerte del señor Atienza»—como la llama el gran tratadista José María de Cossío—, en el otro se nos ha dado a conocer la suerte del *ángulo mixtilíneo*, como yo llamo a esa manera de banderillar a fuerza de piernas y describiendo un amplio círculo, como si de la carrera de una jaca torera se tratase. Tan recusable es una cosa como otra, pero como yo no vengo a actuar aquí de censor, dejo de meterme por los laberintos de la crítica, como, asimismo, dejo de teclear en la máquina y corto en seco mi disertación, pues las exigencias del espacio pueden hacer que me ocurra algo parecido a lo que nos dice este antiguo epigrama, de autor desconocido:

Por una cuesta Juan Mola
iba en un mulo subiendo,
y el pobre se iba escurriendo,
que ya tocaba a la cola,

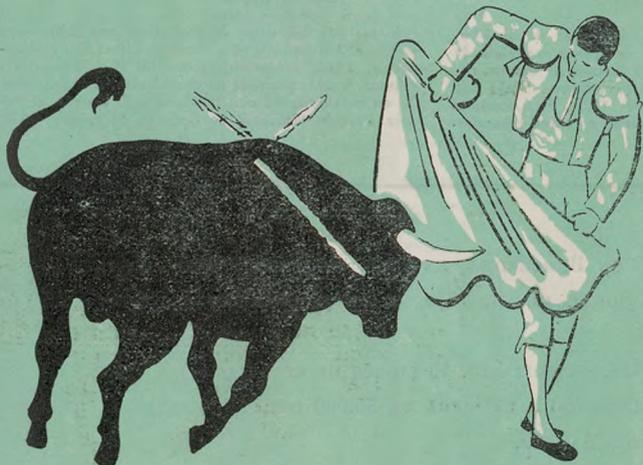
—Temiendo bajar rodando,
gritó ya sin disimulo:
—¡Que me traigan otro mulo,
que éste se me va acabando!



El mejicano Carlos Arruza fué el creador de este pase que lleva su nombre: «arrucina», que gusta mucho a la afición.



La «manoletina», recreada o revivida por «Manolete»; anteriormente se conocía por «giraldilla», suerte de las más recientes.



El molinete a dos manos, ya en la suerte de la muleta. Algunos le dan el nombre de «marinera» y resulta muy emocionante,



El torero «Chicuelo» fué el creador de la «chicuelina», bello y sugestivo lance de capa, que tuvo gran renombre.



Este pase es conocido por «larga cambiada y afarolada de rodillas» y lo practica hoy Luis Miguel «Dominguín».